Kevin Calleros

Los Cuatro Desacuerdos... y otros malos consejos que sorprendentemente funcionan.

Un ensayo humorístico del desarrollo personal moderno.

Kevin Eduardo Calleros Flores.
© Los Cuatro Desacuerdos... y otros malos consejos que sorprendentemente funcionan.
Primera edición.
2026.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Dedicatoria

A los que estan en desacuerdo con todo.

A los quejumbrosos compulsivos.

A los "Hocicones".

A los prudentes e imprudentes.

Y, sobre todo, a quienes todavía confunden su opinión personal con la verdad absoluta…

Índice

Contenido

Dedicatoria 2

Índice 3

Patrocinadores 5

Prólogo 6

Los Seres Humanos 13

La opinión personal 16

La improvisación del planeta 18

El principio de un nuevo desastre... perdón, de una nueva forma de vivir 22

EL PRIMER DESACUERDO 25

No seas impecable con tus palabras y mienta la madre cuando sea necesario. 25

EL SEGUNDO DESACUERDO 32

Si todo mundo te dice lo mismo, igual el problema no son todos. 32

TERCER DESACUERDO 39

¿QUÉ PRETENDES NO SABER? 39

EL CUARTO DESACUERDO: DEJA DE SALIR DE TU CONDENADA ZONA DE CONFORT. 45

El camino hacia la Libertad: Romper las reglas que nunca firmaste 53
EL CIELO... PERO SIN TANTO PEDO 60
Oración para dejar de hacernos pendejos.....65
Sobre el autor.....69
Otros libros del autor.....71

Patrocinadores









Gracias a las marcas que hicieron posible el patrocinio de este libro, su apoyo demuestra que, incluso en un contexto donde la lectura enfrenta un creciente desinterés por parte de la sociedad, todavía existen quienes creen en el poder de la literatura. Cuando las grandes editoriales no siempre encuentran interés en apostar por nuevos autores, iniciativas como esta nos recuerdan que la literatura sigue viva y que merece ser impulsada, preservada y acercada a todos. Porque la lectura no debe ser un privilegio de unos cuantos: *la literatura es de todos y para todos*.

Prólogo

Después de acompañar durante años a cientos de personas en procesos de transformación, he descubierto una paradoja que me sigue sorprendiendo.

Muchas personas no llegan a terapia porque les falte información. Llegan porque tienen demasiada.

Han leído libros, escuchado conferencias, visto videos, seguido a gurús, repetido afirmaciones, hecho cursos, talleres y certificaciones. Conocen perfectamente lo que "deberían" hacer para ser felices, exitosos, disciplinados, espirituales o emocionalmente sanos.

Y, sin embargo, siguen sintiéndose insuficientes.

Como terapeuta sistémica y coach, he comprobado que el problema rara vez es la falta de herramientas.

Con frecuencia, el verdadero problema es la cantidad de reglas invisibles con las que vivimos. Reglas que nadie firmó, pero que obedecemos como si fueran leyes universales.

"Tienes que sanar."

"Tienes que perdonar."

“Tienes que vibrar alto.”

“Tienes que salir de tu zona de confort.”

“Tienes que convertirte en tu mejor versión.”

Y cuando no lo logramos, hacemos lo que mejor sabemos hacer los seres humanos: creer que el problema somos nosotros.

Por eso este libro llamó mi atención.

No porque venga a destruir el desarrollo personal. Al contrario. Quien conozca realmente este camino entenderá que cuestionar también forma parte del crecimiento.

Lo que Kevin Calleros hace en estas páginas es algo que considero profundamente saludable: nos invita a dejar de convertir las ideas en dogmas.

Lo hace desde la sátira, desde el humor, desde la exageración y, muchas veces, desde ese lenguaje coloquial que incomoda porque se parece demasiado a nuestras conversaciones internas.

Confieso que, mientras leía varios de sus capítulos, sonreí más de una vez. No porque estuviera de acuerdo con todo. Precisamente porque no lo estaba.

Y ahí comprendí el mayor valor de esta obra.

No busca que pienses como el autor.

Busca que vuelvas a pensar por ti mismo.

Como facilitadora he aprendido que las personas no cambian porque alguien les dé una respuesta brillante. Cambian cuando una pregunta las obliga a mirarse de una manera distinta.

Este libro está lleno de esas preguntas disfrazadas de humor.

Algunas harán que te rías, otras quizá despierten resistencia y unas cuantas tocarán fibras que llevaban tiempo esperando ser nombradas.

Si algo deseo como lectora —y como alguien que dedica su vida a acompañar procesos humanos— es que llegues al final de estas páginas con menos certezas y con más curiosidad.

Porque la transformación auténtica no comienza cuando encontramos una nueva verdad.

Comienza cuando nos atrevemos a cuestionar las que habíamos dado por hechas.

Lee este libro con apertura.

No para estar de acuerdo.

No para estar en desacuerdo.

Léelo para conversar contigo mismo.

Porque quizá el mayor acto de libertad no sea encontrar el consejo perfecto, sino recuperar la capacidad de decidir cuáles consejos merecen quedarse en tu vida… y cuáles puedes agradecer y dejar ir.

Mtra. Hilda Inés Neri Esparza

Coach de Vida | Terapeuta Sistémica | Consultora en Desarrollo Humano

En la actualidad tenemos muchísima gente aceptando cualquier frase solamente por que viene escrita en una publicación de Instagram acompañado con un atardecer.

Gente que escucha a un gurú algunos minutos y se convencen que ya entendieron como funciona la vida. Que facilidad tenemos a veces para sentirnos iluminados de la forma incorrecta.

Nos encanta buscar respuestas hasta bajo las piedras y más si quien nos dice las cosas es un cuarentón con una taza que dice:

"mentalidad de tiburón" repitiendo las mismas palabras de alguien que dijo algo hace 100 años.

Y luego está nuestro autor: Kevin Calleros que se mete con todo este desmadre…se sienta, las come, las digiere y después hace lo que cualquier persona deberíamos hacer: "CUESTIONAR", se pregunta si estas ideas son válidas y porqué chingados seguimos el mismo camino aunque sabemos que nos va a llevar a una vida miserable, y eso para mí, es una de las partes más valiosas de este libro, por que extiende la invitación a dudar sobre lo ya establecido.

A veces vivimos tan encerrados en nuestro mundo que solo salimos para estar pendientes de la filosofía de allá afuera y lo único que logramos es olvidar escucharnos, dejamos de preguntarnos: ¿Qué queremos?, ¿Qué pensamos?, ¿qué nos gusta?, ¿Qué no nos gusta? Y cambiamos esto por 3 pesos de filosofía obsoleta y barata.

Este libro se mete justo ahí, donde empiezan las preguntas que muchos prefieren evitar por no incomodarse. Y este tipo de inquietudes ya las venía abordando Kevin en: "un regalo de locura" y "el infierno tiene fe", pero en esta ocasión Vuelve con más fuerza, con más descaro y con menos paciencia para la gente que convierte su opinión personal en una ley universal.

Es una lectura simple, sencilla, digerible y sin demasiados filtros, habla como piensa, con ejemplos cotidianos y con groserías que explican mejor la idea, que una página completa de filosofía. Eso vuelve la lectura ligera y entretenida.

En este libro hay desacuerdos validos con Miguel Ruiz, con los gurús y con esa voz interna que de pronto habla como esos influencers motivacionales de bajo presupuesto, porque aquí no se pretende entregar

una verdad para reemplazar todas las anteriores, más bien pone preguntas sobre la mesa y deja que tu como lector decidas que hacer con cada una de ellas y precisamente ahí es donde comienza el trabajo del libro.

Y sobra decir que merece ser leído con la misma libertad con la que fue escrito, léelo sin buscar una nueva "doctrina" y ríete cuando nuestro autor se pase de cabrón, quizá al terminarlo no tengas más respuestas, pero lo interesante es que tendrás mejores preguntas, porque en un mundo lleno de gente que cree verlo todo después de ver tres videos de tiktok, aprender a cuestionarse ya representa un chingo.

Julio Cherade.

Escritor Mexicano.

Los Seres Humanos

Hace miles de años existían los seres humanos. Bueno, siguen existiendo, para fortuna o desfortuna seguimos reproduciéndonos….

A diferencia de las civilizaciones antiguas que dedicaban su tiempo a contemplar las estrellas, los planetas y buscar la iluminación, los humanos comunes desarrollaron habilidades mucho más útiles para sobrevivir en el mundo moderno: dejar todo para mañana, discutir en internet con desconocidos y prometer que "en enero del nuevo año ahora sí entro al gimnasio".

Los historiadores jamás se pusieron de acuerdo sobre quiénes eran realmente estos personajes. Algunos los llaman ciudadanos, otros consumidores, las empresas los conocen como clientes, las apps de streaming como suscriptores, el SAT como contribuyentes y su esposa como "el único que encontré, aunque yo lo quería adinerado y de ojo azul". Pero entre ellos siempre se reconocieron por una sola característica: todos estaban convencidos de que los demás eran el problema.

Durante generaciones, esta sabiduría fue transmitida de forma oral en reuniones familiares, libros, cadenas de WhatsApp, comentarios de Facebook, reuniones de oficina y conversaciones que comenzaban con "te lo digo porque te quiero". Ahí nació la auténtica filosofía del ser humano común: una colección infinita de consejos que nadie pidió, soluciones para problemas inexistentes y opiniones emitidas con absoluta seguridad sobre temas que nadie entiende.

Con el paso del tiempo, este conocimiento sobrevivió milagrosamente a dietas milagro, gurús financieros, coaches motivacionales, conferencias y libros de superación personal, criptomonedas, inteligencias artificiales y videos de treinta segundos que prometían cambiar tu vida antes de que termines de cagar.

Hoy esa sabiduría finalmente sale a la luz, no porque la humanidad esté preparada, sino porque ya era demasiado tarde para detenerla.

Este libro no pretende llevarte a la iluminación, despertar tu conciencia ni ayudarte a encontrar tu propósito. Para eso ya existen demasiados libros.

Aquí encontrarás algo mucho más cercano a la experiencia humana: contradicciones, autoengaños, y una colección de desacuerdos que probablemente te van a incomodar antes de terminar de leerlos.

Porque si algo distingue al ser humano común, no es su perfección.

Es su extraordinaria capacidad para tropezar con la misma piedra... y luego escribir una crítica en redes sociales culpando a la piedra.

La opinión personal

Hace muchos años, no sé exactamente en qué año o cuantos años antes debió existir un ser humano, igual que tú y que yo, que vivía pues en algún lugar, me es indiferente quizá vivía en una casa de ladrillo, una cueva o debajo de una palmera. Este ser humano común y corriente siempre terminaba cansado de pensar todo lo que se le venía a su mente que podía decirles a otros, ya fuera como consejo, experiencia o como criterio personal, pero no estaba totalmente de acuerdo con todo lo que pensaba y sentía. En su corazón sentía que debía de haber algo más.

Un día, decidió que debía empezar a expresar a los demás su humilde opinión. Salió una noche de luna llena. El cielo estaba despejado y vio a lo lejos un grupo de seres humanos. Entonces, algo sucedió en su interior que transformo su vida para siempre. Se miro las manos, sintió su cuerpo y oyó su propia voz que decía: «Oigan bola de tarados, ya dejen dormir, que tanto hacen todas las noches, el que no les guste estar en sus casas, no es culpa de quienes si lo disfrutamos».

Miró al grupo dejarse ir con antorchas, decididos a darle una buena madriza por hablador, pero al ver que se acercaban cada vez más cerca, pudo identificar rostros conocidos por lo que decidió expresar su más sincera opinión sobre ellos.

Entonces se dio cuenta de que, su boca servía para algo más que comer, servía para decir todo lo que pensaba fuera bueno o malo.

La improvisación del planeta

Desde que existe la humanidad circula un rumor muy peligroso:

Que los adultos saben lo que hacen.

¡Es mentira!

Conforme vamos creciendo de niños creemos que nuestros padres tienen todas las respuestas. Los vemos sabios, seguros y capaces de resolver cualquier problema.

Años después descubrimos que también buscaban en libros, gurús o sitios de internet cómo prender el boiler, que discutían por el control remoto y que alguna vez dijeron:

—Pues a ver qué sale o ya Dios dirá…

Y así empieza el verdadero conocimiento humano.

No heredamos una sabiduría ancestral, heredamos la costumbre de improvisar con mucha seguridad.

La humanidad funciona gracias a millones de personas que no tienen idea de lo que hacen, pero

hablan con suficiente confianza para convencer a los demás.

Eso explica las reuniones de trabajo, las juntas de vecinos, las dietas, las inversiones y casi cualquier tutorial de internet.

Cuando eres niño piensas que cumplir dieciocho años es el inicio de una verdadera libertad personal, crees que un día despiertas y automáticamente sabes:

Cómo pagar impuestos, cómo enamorarte, cómo educar hijos, cómo ser esposo o esposa, cómo generar dinero y hasta cómo cocinar sin quemar la cocina.

Spoiler: No pasa.

Lo único que cambia es que ahora tus errores cuestan dinero.

Dicen que la sociedad nos enseñó qué pensar.

La realidad es mucho más divertida, la sociedad nos enseñó algo mucho más útil:

A fingir que entendemos.

Nadie quiere ser el primero en levantar la mano y preguntar:

—¿Qué significa realmente "CFDI o XML"?

Así que todos asienten.

Exactamente igual que cuando alguien explica las reglas de algún juego extraño.

Los antiguos seres humanos se basaban en libros de la sabiduría Antigua o la palabra de Dios.

Nosotros los humanos modernos nos basamos en otro.

Se llama:

"Lo que piensan los demás."

Ese libro tiene un solo mandamiento.

"No hagas el ridículo."

El problema es que todos están leyendo exactamente el mismo libro.

Por eso todos están demasiado ocupados preocupándose por sí mismos como para notar el ridículo ajeno.

Según muchos libros existe un juez interno que nos critica constantemente.

Nos pasamos media vida intentando convertirnos en la versión ideal de nosotros mismos.

Esa persona se levanta a las cinco de la mañana.

Hace ejercicio, lee treinta libros al año, invierte, medita, va a la iglesia, come saludable, no procrastina, no ve televisión o redes sociales y nunca abre el refrigerador solamente para volver a cerrarlo.

Qué persona tan insoportable.

No vivimos atrapados en un sueño, vivimos atrapados en expectativas.

Esperamos que los demás sepan, esperamos saber nosotros, esperamos que el lunes sea diferente, esperamos que el próximo año sí, esperamos que la aplicación ahora sí funcione, esperamos que el paquete llegue hoy, esperamos que el semáforo cambie, esperamos que el otro escriba primero y mientras esperamos...“Improvisamos”.

Porque esa ha sido siempre la habilidad más desarrollada del ser humano.

No la razón, no la espiritualidad, no la evolución, sino la improvisación.

El principio de un nuevo desastre... perdón, de una nueva forma de vivir

A lo largo de tu vida has hecho muchas promesas y acuerdos.

Acordaste que el lunes empezarías la dieta e irías al gym.

Acordaste que renunciarías a tu miserable empleo y emprenderías el negocio de tu vida.

Que este año sí ibas a ahorrar.

Que ya no ibas a volver con tu ex.

Que "nomás un capítulo más" no iba a convertirse en las tres de la mañana.

Y, sobre todo, acordaste creer que esta vez sería diferente.

Spoiler: no fue diferente.

Con los años también hiciste acuerdos mucho más serios. Decidiste quién eras o querías ser, qué cosas

"no eran para ti", qué opinaban los demás sobre tu vida y, en un momento de absoluta falta de supervisión, decidiste creerle a tu crítico interior, ese personaje que tiene el talento extraordinario de recordarte una vergüenza de la secundaria justo cuando intentas dormir.

No hace falta que alguien te controle. Tú solito haces un trabajo magnífico.

Te impones horarios que no cumples, metas que abandonas, expectativas imposibles y luego te sorprendes de sentirte cansado.

El verdadero talento del ser humano nunca fue construir pirámides, llegar a la luna o inventar la televisión a color.

Fue complicarse la existencia con reglas que nadie le pidió seguir.

Vivimos creyendo que deberíamos ser más exitosos, más disciplinados, más saludables, más pacientes, más productivos, más interesantes y, si queda tiempo, felices.

No es raro que terminemos agotados.

La buena noticia es que este libro no viene a decirte que despiertes tu conciencia, eleves tu vibración o descubras al guerrero que vive dentro de ti.

Bastante tienes con encontrar las llaves cada mañana o como una vez me dijo una persona *"la vida ya es demasiada complicada como para complicársela más"*.

Lo que encontrarás en las siguientes páginas son cuatro desacuerdos.

No porque sean la verdad absoluta.

Ni porque vayan a convertirte en una mejor persona.

Mucho menos porque prometan cambiar tu vida en siete días o te harán millonario.

Simplemente son cuatro propuestas de que el ser humano es una criatura maravillosamente contradictoria, y también porque, así como todo mundo tiene una opinión personal, porque fregados yo no puedo utilizar la escritura para dar también mi "humilde opinión" …

Después de todo, la humanidad lleva miles de años diciendo lo que piensa…

EL PRIMER DESACUERDO

No seas impecable con tus palabras y mienta la madre cuando sea necesario.

Durante años nos han vendido la idea de que las palabras tienen poder. Nos lo dicen los gurús, libros y conferencistas de autoayuda y hasta ministros religiosos, ¡aaah! y la biblia también…Y sí, por supuesto que las palabras tienen poder. Unas buenas palabras pueden enamorar, una opinión, frase u oración puede romper una amistad, puede conseguirte un empleo o aumento de sueldo o hacer que tu tía la víbora te bloquee de redes sociales.

Hasta ahí vamos bien.

Lo que ya no me termina de gustar es esa obsesión por querer hablar siempre bonito, correcto, fino, elegante y espiritualmente impecable.

Porque seamos sinceros, ¿Quién carajos habla así?

Ni tú, ni yo, ni el gurú motivacional que tanto te gusta escuchar.

Todos hemos dicho una babosada. Todos hemos hablado de más. Todos hemos contestado con las tripas. Todos hemos prometido cosas que no cumplimos. Todos hemos dicho "el lunes regreso al gym" cuando ni siquiera dejamos de tragar como desesperados.

Y aquí seguimos.

Hay quien cree que cada palabra debe salir perfectamente planeada, como si antes de abrir la boca un comité de filósofos revisara el discurso y autorizara su publicación.

Pero la vida real no funciona así.

La vida real es tropezarte con la mesa y gritar un "¡chingada madre!" antes de agradecer la experiencia espiritual que te dejó el golpe.

Y curiosamente esa "mentada de madre" suele aliviar más que veinte minutos respirando profundo.

No digo que andar insultando sea una terapia certificada. Tampoco que andar peleando con señoras en Facebook sea señal de evolución humana.

Lo que digo es otra cosa.

Hay emociones que necesitan salir.

A veces la mejor forma de sacar el coraje no es repetir un mándala pedorro que escuchaste en TikTok…

A veces es mentarsela al baboso que se atravesó en su coche cuando el semáforo ya estaba en rojo, a la silla que misteriosamente apareció frente a tu dedo chiquito del pie o al mendigo gato que te asusto en la noche cuando sacabas la basura.

¿El gato tiene la culpa?

No.

Pero tampoco te va a demandar por insultarlo.

El problema no son las malas palabras.

El problema es cuando toda tu personalidad es una mala palabra.

No es lo mismo decir "¡qué tonto soy!" después de tirar el celular al excusado que pasarte la vida diciéndole tonto a cualquiera que no piensa como tú.

Hay una enorme diferencia entre desahogarte y vivir permanentemente encabritado.

Nos han hecho creer que decir groserías nos vuelve malas personas e incluso que es pecado.

Y en realidad no es así, incluso hay sacerdotes que han explicado lo que en realidad la biblia quiere decir con las malas palabras y si en realidad es pecado, pero sería desviarme del propósito y entrar en un tema teológico que no me interesa abordar.

He conocido gente que habla como si fuera la mismísima Madre Teresa de Calcuta... y son capaces de traicionarte por cien pesos.

Y también he conocido albañiles, taxistas, mecánicos y señoras del mercado que dicen tres groserías por oración y tienen un corazón enorme.

Las palabras, por sí solas, no hacen a la persona.

Las intenciones sí.

La sabiduría humana común y corriente dice algo muy diferente.

No importa tanto cómo hablas.

Importa para qué hablas.

Porque puedes decir "Mi amor, mi Reyna, Tesoro y Hermosa" y enseguida destruir o chingarte a alguien.

O puedes decir "no la friegues guey" mientras ayudas a un amigo a levantarse después de haber cometido el peor error de su vida.

Las palabras son como el chile o la sal.

En la cantidad correcta mejoran cualquier platillo, pero en exceso ya nadie disfruta la comida.

Por eso mi primer desacuerdo no es que seas impecable con tus palabras o hables bonito todo el tiempo.

El propósito en este capítulo es que dejes de aparentar que siempre hablas bonito, acepta que eres humano, que a veces dices cosas inteligentes, brillantes y otras veces dices cada tarugada que ni tú sabes de dónde salió.

Acepta que habrá días en los que tendrás paciencia de un santo o monje tibetano y otros en los que un simple "Ok" te parecerá un insulto.

Si un día se te sale una grosería, no significa que estés condenado espiritualmente, significa que probablemente te pegaste en el dedo chiquito del pie.

Y eso, hasta donde sé, sigue siendo una experiencia profundamente humana.

Mi primer desacuerdo es simple:

No busques ser impecable con tus palabras.

Busca que tus palabras se parezcan a ti.

Que sean honestas y transparentes.

Que sepan pedir perdón cuando la riegues.

Que sepan defenderte cuando sea necesario.

Que sepan decir "Si, No, Gracias, Perdón y Te quiero".

Y que también sepan decir "ya estuvo, ya estoy hasta la madre" cuando la vida o “ciertas personas” se pasen de listas.

Porque reprimir todo lo que sientes tampoco te vuelve sabio.

Al contrario, te puede enfermar, porque está comprobado que reprimir las emociones enferma al corto, mediano y largo tiempo, yo crecí siendo muy callado, pasivo y bien portado, cuando era niño la gente usualmente me decía que niño tan portadito,

bonito, calladito y como popularmente se dice "calladitos nos vemos más bonitos", pero eso empezó a cambiar de un tiempo para acá pues ahora de adulto, he ido comprendiendo que si no alzo mi voz, la gente te humilla, se te sube y te lastima, y ahora que evito quedarme callado, me defiendo y pongo limites ya no soy un lindo niño, ahora resulta que soy un jijo de la tiznada, y todo ¿Por qué? Porque ahora me defiendo y uso mi voz, y la neta les confieso que no hay nada más sabroso y satisfactorio que una buena mentada de madre a tiempo, en el momento y con la persona que se lo merece, es casi como un orgasmo al corazón…

EL SEGUNDO DESACUERDO

Si todo mundo te dice lo mismo, igual el problema no son todos.

"la madurez consiste en distinguir entre una agresión, una opinión personal y una retroalimentación".

Existe un consejo que se hizo tan popular que ya parece versículo bíblico o artículo constitucional:

"NO TE TOMES NADA PERSONAL."

Suena chido, bonito, da paz y te hace sentir espiritualmente superior.

El problema es que la vida casi nunca es tan simple, porque sí, hay que saber cuáles cosas tomarse personales y cuáles no, porque la vida sí es personal.

Si alguien te roba, te engaña, te humilla delante de otros o te falta al respeto intencionalmente, claro que es personal. Decir que todo habla del otro puede

convertirse en una forma muy elegante de negar la realidad.

Hay gente que habla desde sus heridas, hay quien te critica porque te envidia, hay quien te insulta porque está frustrado, hay quien simplemente amaneció de malas y tú tuviste la mala suerte de cruzarte en su camino.

Pero también existe el otro tipo de personas:

Las que sí quieren fregarte, porque también existen.

No todo el mundo está sanando, no todo el mundo vibra alto, hay personas que disfrutan hacer sentir mal a los demás.

Aceptar eso no te hace una persona pesimista o negativa, al contrario, te hace crítico y observador.

Hay quien dice que, si alguien te insulta, en realidad está hablando de sí mismo, pues sí...pero también está hablando de ti.

Porque si se tomó la molestia de señalarte, de burlarse de ti o de hacerte menos frente a otros, no fue precisamente para mejorar tu autoestima.

No hace falta convertir todo en una lección espiritual.

A veces alguien es ojete… ¡Y ya!

Lo curioso viene después, porque también existen los que usan este acuerdo como escudo protector.

Les dices:

—Oye, llegaste tarde otra vez.

Y contestan:

—Eso habla más de ti que de mí.

Les dices:

—Jorge, eres bien irresponsable.

Y responden:

—No me tomo nada personal.

Y le dices:

—No me has pagado lo que me debes.

Y salen con:

—Estás proyectando tus heridas o, pero somos amigos o familia, como puedes cobrarme maldito desconsiderado.

¡Qué estupendo!

Descubrieron una forma espectacular de no hacerse responsables de absolutamente nada… ¡jijos de su chingada madre!

Si alguien les reclama algo, el problema siempre es del otro, nunca de ellos.

Es una estrategia brillante, muy cómoda, muy espiritual y completamente inútil para madurar.

Porque existe una diferencia enorme entre una opinión aislada y un patrón de comportamiento.

Si un desconocido te dice que eres un ignorante, probablemente puedas ignorarlo, y como decía Roberto Mitsuko, ¡PEEEROOO! ....

Si tu pareja te dice que no escuchas, tu mejor amigo te dice que no escuchas, tu jefe te dice que no escuchas, tu mamá te dice que no escuchas y hasta el señor de la tienda de abarrotes siente que no escuchas... Tal vez ya no estamos frente a una opinión, tal vez estamos frente a un espejo.

No significa que todos tengan razón, significa que vale la pena preguntarte por qué tantas personas llegaron a la misma conclusión.

En alguna ocasión en un entrenamiento de transformación, una coach puso un brillante ejemplo sobre el feedback personal y es que cuando alguien te dice:

—Oye te veo caballo…

Y después otra persona te dice también que te ve caballo y luego diez personas más te dicen lo mismo, entonces vale la pena hacer un alto y observarte porque la gente te ve caballo, no es que seas un caballo si no que vas por la vida dando esa impresión…

La sabiduría humana común y corriente dice algo muy sencillo:

Cuando una persona opina de ti, puede estar equivocada, pero cuando varias personas coinciden durante años, al menos merece una revisada.

No para castigarte, no para sentirte menos, sino porque a veces uno anda por la vida dejando una impresión distinta a la que cree.

Todos conocemos al clásico que dice:

"Es que todos me tienen envidia."

Carajo, qué mala suerte.

Treinta personas distintas, tres trabajos, cinco parejas, distintos grupos de amigos y todos exactamente igual de envidiosos o quizá existe un complot mundial... O quizá eres medio mamón, también puede pasar.

Nos encanta pensar que el mundo entero está equivocado antes de considerar que tal vez nosotros tenemos algo que corregir.

Sale más barato para nuestro narcisismo interno, porque mientras todos sean los equivocados, tú nunca cambias y si nunca cambias, también nunca te transformas, en realidad las personas nunca cambiamos, solo modificamos maneras de ser que no nos funcionan, eso sí, no confundamos meditación con tortura, no porque alguien te diga algo significa que automáticamente sea verdad.

Hay comentarios que merecen ir directo al bote de la basura, como cuando un desconocido opina sobre tu cuerpo, como cuando alguien intenta hacerte sentir menos para sentirse superior o como cuando una persona que nunca ha construido nada se dedica a criticar todo.

Esas opiniones pesan lo mismo que una promesa de político en campaña.

Pero otras sí conviene guardarlas.

Las que vienen de personas que te conocen, las que se repiten, las que duelen precisamente porque sospechas que tienen un poquito de razón, esas son las incómodas y también las más útiles.

No se trata de que vivas ofendido, por supuesto que eso cansa. Tampoco conviertas cada crítica en una proyección psicológica del otro porque entonces nunca vas a aprender nada.

Hay veces que el comentario habla más del otro y hay veces que habla muchísimo de ti.

La verdadera sabiduría humana no consiste en ignorar todas las opiniones, consiste en aprender cuáles merecen un "me vale madres"...Y cuáles merecen un "carajo igual y si tienen razón...Porque crecer duele un poquito…Pero vivir engañándote duele muchísimo más.

TERCER DESACUERDO.

¿QUÉ PRETENDES NO SABER?

No hacer suposiciones no significa ser ingenuo.

Miguel Ruiz en su libro los 4 Acuerdos, dice que el tercer acuerdo consiste en no hacer suposiciones, y tiene razón…

Las suposiciones destruyen relaciones, amistades, negocios y hasta la relación que tenemos con nosotros mismos. Nos inventamos historias, las creemos y después reaccionamos como si fueran la realidad.

Pero en mi corto tiempo en este mundo, y mis añitos de adulto he descubierto que también existe el otro extremo.

Hay personas que utilizan este acuerdo para hacerse tontas.

"No supongas.", "No pienses mal.", "No seas desconfiado."

Como si la vida fuera un lugar donde nadie manipula, nadie miente y nadie busca sacar ventaja.

¡NO!

Hay veces que sí hay que sospechar, hay veces que tu intuición está intentando decirte algo, la diferencia está en entender que una intuición no es una verdad; es una invitación a observar con más atención.

No es lo mismo pensar:

"Seguro me quiere dañar."

Que preguntarte:

"¿Por qué estoy viendo que me quiere dañar?"

Una postura te vuelve paranoico, la otra te vuelve consciente.

Con el tiempo he ido aprendiendo que la mayoría de las personas no caemos porque alguien nos engañé, caemos porque decidimos ignorar lo que ya sabíamos.

Todos hemos sentido ese pequeño ruido interno.

Ese "algo no me cuadra", ese silencio incómodo, esa explicación que suena demasiado perfecta, ese "no sé" que en realidad significa "no quiero decirte".

Y aun así seguimos.

Porque queremos creer, porque nos conviene creer, porque aceptar la realidad implicaría tomar decisiones incómodas.

Ahí fue donde una pregunta empezó a cambiar mi vida.

¿Qué pretendes no saber?

Es una pregunta brillantemente incomoda, pero con mucha verdad, porque la verdad duele... porque detrás de muchos "no sé" se esconden respuestas que ya conocemos.

No sabes si esa relación funciona...

¿O no quieres aceptar que hace meses dejó de funcionar?

No sabes si ese trabajo te hace feliz...

¿O no quieres admitir que llevas años sobreviviendo?

No sabes por qué reaccionas con tanto enojo...

¿O nunca has querido preguntarte de dónde viene?

No sabes si esa persona es confiable...

¿O llevas semanas justificando señales que preferirías ignorar?

Muchas veces el problema no es la falta de información.

Es la falta de honestidad.

Nos contamos historias para evitar verdades incómodas, y esas historias suelen ser mucho más peligrosas que cualquier suposición, otro aprendizaje importante y que de pronto sigue costando es dejar de ponerme a la defensiva cuando alguien me cuestiona.

Antes sentía que cualquier pregunta era un ataque, sin embargo, hoy entiendo que las mejores preguntas son las que más incomodan.

Porque obligan a mirar lugares que normalmente evitamos.

¿Quién eres realmente?

¿Por qué reaccionas así?

¿Por qué repites las mismas relaciones?

¿Por qué siempre eliges el mismo tipo de personas?

¿Por qué necesitas demostrar tanto?

¿Por qué tienes miedo de decir que no?

Esas preguntas no buscan destruirte, buscan transformarte.

Durante mucho tiempo dejé de responderlas porque era más fácil seguir viviendo el personaje que enfrentar a la persona.

Y descubrí algo curioso:

Las personas que más miedo tienen a las preguntas suelen ser las mismas que más historias se cuentan.

No hacer suposiciones también implica dejar de mentirte, dejar de inventar explicaciones para justificar lo que ya sabes, dejar de disfrazar la intuición de paranoia o la negación de optimismo.

La intuición observa, la paranoia inventa, la negación oculta y la conciencia pregunta.

Hoy intento vivir desde ese lugar, no doy por hecho lo que otros piensan, pregunto o llego a la raíz (si así de radical soy)

No convierto una sospecha en una condena, sino que observo, pero tampoco ignoro las señales sólo para mantener una bonita telenovela.

Porque muchas veces el mayor acto de honestidad no consiste en descubrir la verdad sobre los demás.

Consiste en dejar de esconderte la verdad a ti mismo.

Y cada vez que me descubro diciendo "no sé", vuelvo a la misma pregunta.

¿Qué pretendo no saber?

Traducción coloquial:

¿De qué me estoy haciendo tarugo?

Casi siempre, la respuesta ya estaba ahí, solo es cuestión de dejar de hacernos patos…

EL CUARTO DESACUERDO: DEJA DE SALIR DE TU CONDENADA ZONA DE CONFORT.

La propuesta o el acuerdo de: "*haz lo máximo que puedas, ni más ni menos"* es bastante sensato. El problema es que veinte años después llegaron los gurús del éxito a traducir ese mensaje como:

"Haz más."

"Levántate a las cinco."

"Trabaja mientras otros duermen."

"Si estás cansado es porque eres débil."

"Sal de tu zona de confort todos los días."

En este capítulo abordare el ultimo desacuerdo e incluso yo lo convertiría en un acuerdo nuevo para nuestra vida y es: ***DEJA DE SALIR DE TU CONDENADA ZONA DE CONFORT.***

No porque el crecimiento sea malo.

Sino porque nos hicieron creer que vivir incómodos era una virtud.

Hay una frase que probablemente ha hecho más daño que bien durante los últimos veinte años.

"Sal de tu zona de confort."

La repiten coaches, influencers, empresarios, políticos, motivadores, gurús espirituales y hasta el fulano que hace tres meses vendía tacos de canasta en la calle y hoy vende cursos para hacerte millonario.

Parece que quedarse quieto es pecado, descansar es mediocridad, dormir ocho horas es para perdedores, decir "ya no puedo" es mentalidad de pobre.

Y si un día decides no ser productivo, aparece alguien en redes sociales para recordarte que mientras tú estabas acostado viendo una serie, otro guey mente de tiburón estaba construyendo el imperio con el que te quitará el lugar.

Nos vendieron la incomodidad como si fuera una religión, como si el sufrimiento fuera evidencia de progreso, como si una vida valiera más entre más agotado terminaras y terminamos creyéndolo.

Creímos que el éxito era levantarse a las cinco de la mañana, aunque nuestro cuerpo necesitara dormir, que ir al gimnasio enfermos era disciplina, que trabajar doce horas diarias era pasión, que responder correos en vacaciones era compromiso, que quedarte horas extras después de tu horario laboral era de un empleado comprometido y leal a la empresa o a la institución, que decir siempre "sí" era valor, que renunciar era fracasar y así convertimos el agotamiento en un triunfo, la ansiedad en una medalla y el burnout (síndrome de desgaste profesional) en una historia de éxito.

Lo curioso es que nadie se pregunta una cosa muy simple.

¿Para qué fregados quieres salir de tu zona de confort si cuando por fin construyes una vida tranquila vuelves a sentir culpa por disfrutarla?

Trabajas veinte años para comprarte una casa donde puedas descansar y luego un influencer te dice que descansar es de mediocres o que es mejor rentar que comprar o comprar que rentar casa…

Ahorras para viajar con tu familia y alguien te recuerda que deberías estar invirtiendo ese dinero para multiplicarlo.

Construyes una relación estable y aparece otro santo iluminado diciéndote que necesitas una pareja que te rete constantemente o que vaya con tus ideales de vida.

Siempre falta algo, siempre podrías hacer más, siempre podrías leer más, capacitarte más, siempre podrías producir más, siempre podrías generar más dinero, siempre podrías convertirte en una versión todavía mejor de ti y ahí está la trampa.

Porque la famosa "mejor versión de ti mismo" nunca llega.

Siempre vive mañana, nunca hoy, es un espejismo:

Cuando alcanzas una meta aparece otra.

Cuando bajas diez kilos ahora debes marcar el abdomen.

Cuando consigues un millón ahora debes conseguir diez.

Cuando compras una casa ahora necesitas una más grande.

Cuando compras un carro ahora necesitas venderlo y comprarte uno mejor.

Cuando consigues un empleo estable ahora necesitas emprender un negocio exitoso o conseguirte un empleo nocturno.

Cuando emprendes un negocio ahora debes multiplicarlo y poner diez negocios más.

Cuando te acuestas a descansar y ver una película ahora debes dejar de hacerlo porque estas perdiendo el tiempo.

Cuando por fin eres feliz alguien aparece para decirte que todavía no has desbloqueado tu verdadero potencial.

¡Qué negocio tan perfecto!

Hacerte sentir insuficiente para seguir vendiéndote soluciones mágicas.

Y por supuesto que el esfuerzo no es malo, sería absurdo, las cosas valiosas cuestan:

Aprender cuesta, amar cuesta, emprender cuesta, conseguir un empleo cuesta, mantener un matrimonio o relación cuesta, educar hijos cuesta, construir una amistad cuesta, sostener un hogar cuesta, todo lo importante exige esfuerzo.

Lo que cuestiono en este capítulo es la obsesión, la idea de que sufrir automáticamente significa crecer, porque no toda incomodidad transforma, hay personas que llevan veinte años en un trabajo miserable y eso no las hizo más fuertes, sólo las hizo más frustradas y agotadas.

Hay relaciones donde aguantar nunca fue amor, fue miedo.

Hay emprendimientos que no necesitan más disciplina, necesitan cerrarse, hay sueños que no requieren perseverancia, requieren honestidad, también hay momentos donde el acto más inteligente no es insistir, es renunciar y eso nos aterra.

Porque confundimos renunciar con perder, cuando muchas veces renunciar es exactamente la forma de dejar de perder.

Nos enseñaron que abandonar era para débiles, pero nadie habla del valor que se necesita para aceptar que algo ya terminó.

Hace falta mucho más coraje para decir "esto ya no es para mí" que para seguir aguantando sólo porque ya invertiste demasiado tiempo.

Hay guerras que se ganan retirándose, hay personas que salvan su vida el día que dejan de demostrar que pueden con todo.

Miguel Ruiz decía que hicieras siempre lo máximo que pudieras.

Y creo que ahí estaba el verdadero mensaje.

Lo máximo.

¡NO MÁS!

Porque hacer más de lo que puedes tiene otro nombre y se llama “agotamiento”.

Lo máximo de hoy no será lo máximo de mañana, habrá días donde tu mejor versión sea no faltar ningún día de la semana al gimnasio o a correr diez kilómetros al parque y habrá días donde tu mejor versión consista únicamente en levantarte de la cama, bañarte y sobrevivir.

Ambas cuentan, ambas valen y ambas son suficientes.

El problema es que vivimos comparando nuestro peor día con el mejor momento que alguien decidió subir a redes sociales y esa comparación siempre termina igual, sintiéndonos incompletos.

Yo ya no quiero vivir intentando escapar de mi zona de confort, quiero construir una zona de confort tan maravillosa que valga la pena regresar a ella, un lugar donde pueda descansar sin culpa, donde trabajar sea una elección y no una condena, donde el silencio no tenga que justificarse, donde una tarde sin hacer nada también sea una tarde bien vivida, porque la paz también es un logro, el descanso también es productividad y una vida tranquila puede ser mucho más satisfactoria que una vida obsesionada con demostrarle algo al mundo.

Quizá el verdadero crecimiento nunca consistió en vivir permanentemente incómodo, quizá consistía en dejar de sentir culpa por estar, por fin, en paz.

El camino hacia la Libertad: Romper las reglas que nunca firmaste

Si llegaste hasta aquí, probablemente ya te diste cuenta de algo, nunca necesitaste una filosofía ancestral para entender que muchas de las reglas con las que has vivido son puras pedorradas.

Lo difícil no era descubrirlo, lo difícil era aceptarlo, porque desde que nacemos nos entregan un manual de instrucciones que nadie recuerda haber firmado.

Nos dicen que hay que sacar buenas calificaciones para ser alguien en la vida, que un buen trabajo sirve para comprar una buena casa, que la buena casa sirve para formar una buena familia, que la buena familia sirve para tener una buena imagen en la sociedad u obtener una jubilación y que después de todo eso, si hiciste las cosas correctamente, un día podrás empezar a disfrutar la vida.

¡Ah su p´madre!, si la religión dice que no hay peor lugar que el infierno, pues yo creo que se equivocaron, no hay peor lugar que la mentada vida en la tierra, curiosamente, ese día de disfrutar la vida

casi nunca llega e incluso a veces la calaca te sorprende trabajando y decide que tu tiempo en la tierra termino, y pues en buena hora para el gobierno o el empresario porque ya se ahorró pagarte tu bendita jubilación…

Pasamos tanto tiempo preparándonos para vivir que se nos olvida vivir, nos enseñaron que había una única forma correcta de hacer las cosas:

1. Que estudiar era mejor que trabajar o emprender.
2. Que tener hijos era mejor que no tenerlos.
3. Que ganar mucho dinero era mejor que ganar lo suficiente.
4. Que estar ocupado era mejor que tener tiempo libre.
5. Que sufrir era sinónimo de responsabilidad y compromiso.
6. Que descansar era para huevones.
7. Que cambiar de opinión era ser incongruente.
8. Que renunciar era fracasar.
9. Que trabajar era mejor que emprender.
10. Que emprender es mejor que tener empleo.
11. Que casarse era mejor que estar soltero.
12. Que estar soltero era mejor que casarse.
13. Que tener mascota es bueno.
14. Que no tener mascotas es malo.
15. Que pedir ayuda era debilidad.

Y lo peor de todo es que dejamos de preguntarnos quién escribió esas reglas, porque una mentira repetida varias veces termina pareciendo una verdad, con el tiempo he descubierto que la mayoría de las personas no viven su vida, al contrario se la pasan administrando vidas ajenas, estudian una carrera porque sus papás querían, o peor estudian la que sus papás querían que estudiaran, trabajan donde nunca quisieron trabajar, compran cosas que no necesitan para impresionar gente que ni siquiera les cae bien, publican momentos felices para convencer a desconocidos de que son felices y cuando por fin tienen cinco minutos de tranquilidad, sienten ansiedad (aquí me incluyo completamente)

Porque nunca aprendieron a estar con ellos mismos. vivimos tan ocupados intentando convertirnos en alguien que olvidamos averiguar quiénes ya éramos.

Y no, no estoy diciendo que abandones todo, que vendas tus cosas y te vayas a vivir a un cerro a sembrar jitomates, eso también ya se volvió una moda.

Sólo digo que empieces a sospechar de todas esas frases que nadie cuestiona.

"Así son las cosas."

"Así debe hacerse."

"Eso hace la gente exitosa."

"Eso hace un hombre de verdad."

"Eso hace una buena mujer."

"Es lo que se tiene que hacer."

Cada vez que escucho la palabra "se tiene que hacer", me revuelve el estómago.

Porque casi siempre significa que alguien quiere decidir por ti, la libertad no consiste en hacer lo que se te dé la gana, eso es inmadurez, la libertad consiste en poder decidir conscientemente qué reglas quieres conservar y cuáles ya no tienen sentido para la persona en la que te convertiste.

Hay reglas que vale la pena respetar:

1. No matar gente suele funcionar bastante bien.
2. No ser un desgraciado con los demás también.

Pero hay muchas otras que sólo sobreviven porque nadie se atreve a cuestionarlas:

3. No tienes que casarte si no quieres.

4. No tienes que tener hijos para sentirte realizado.
5. No tienes que convertir tu hobby en un negocio.
6. No tienes que ser emprendedor.
7. No tienes que ser empleado.
8. No tienes que amar los lunes.
9. No tienes que levantarte a las cinco de la mañana.
10. No tienes que ser la mejor versión de ti todos los días.
11. No tienes que demostrarle nada a nadie, ni siquiera a ti.

Quizá la mayor libertad consiste en dejar de actuar para un público imaginario, porque, siendo honestos, la mayoría de las personas están demasiado ocupadas pensando en ellas mismas como para estar juzgándote todo el tiempo y las pocas que sí lo hacen probablemente tampoco tienen su vida tan resuelta como aparentan.

Durante mucho tiempo creí que crecer significaba acumular respuestas.

Hoy pienso exactamente lo contrario, crecer consiste en hacer mejores preguntas.

¿Quién dijo que esto era importante?, ¿De verdad lo quiero?, ¿Lo hago porque me hace sentido o porque me da miedo decepcionar a alguien?, ¿Esta vida se parece a la que yo elegí o a la que otros eligieron por mí?

Hay preguntas que incomodan más que cualquier respuesta, pero también son las únicas capaces de devolverte el volante de tu propia vida.

No escribí este libro para convencerte de que mis desacuerdos son la nueva verdad, sería caer exactamente en el mismo juego que crítico, no quiero que cambies un manual por otro, quiero que dejes de coleccionar manuales, si alguno de estos capítulos sirvió para que dejaras de tragarte tanta basura vendida como verdad, para que cuestionaras una creencia o para que te rieras de una idea que llevabas años defendiendo sin pensar, entonces este libro ya hizo su trabajo.

No necesitas vivir como algún escritor o autor famoso te dice que vivas, tampoco como el influencer de moda, ni como el coach o gurú que promete cambiarte la vida en un curso de veinte mil pesos, mucho menos como yo, lo único que realmente vale la pena es descubrir cómo carajos quieres vivir tú y cuando por fin encuentres esa

respuesta, probablemente descubrirás algo muy curioso.

La libertad nunca estuvo al final del camino, empezó el día que dejaste de pedir permiso para pensar por tu cuenta.

EL CIELO... PERO SIN TANTO PEDO

"No sueño con un mundo donde nadie se enoja. Sueño con un mundo donde la gente acepta que se encabrona y luego se le pasa."

Ahora estimado lector quiero pedirte un favor.

No cierres los ojos para imaginar un mundo perfecto, porque, siendo sinceros, ni siquiera sabemos cómo sería uno, mejor imagina un mundo un poquito menos ridículo que el que tenemos, imagina que la gente deja de fingir que siempre tiene la razón.

Imagina que alguien puede decir:

"¿Sabes qué? Creo que sí la regué."

Sin sentir que se le va a caer el mundo en pedazos.

Imagina que las redes sociales existen, pero nadie siente la necesidad de opinar sobre absolutamente todo, que, si no sabes de medicina, no das consultas, que, si no sabes de economía, no arreglas el país desde Facebook… y que si no sabes quién tiene la

razón en un pedo ajeno... pues haces algo revolucionario:

¡TE CALLAS EL HOCICO!

Imagina que las personas dejan de compartir frases motivacionales o versículos bíblicos que ni ellas mismas practican.

Que el que publica "Vibra alto" ya no le grita al mesero.

Que el que escribe "Todo pasa por algo" también paga la pensión de sus cinco hijos.

Que el que presume paz interior deja de lastimar a sus compañeros del trabajo, escuela o sus subordinados e incluso a su familia.

Imagina un mundo donde pedir perdón sea más fácil que justificarse.

Donde cambiar de opinión no sea un fracaso.

Donde decir "no sé" sea señal de inteligencia y no de vergüenza.

Imagina que un día te equivocas, porque va a pasar y en lugar de inventar mil excusas, simplemente dices: "Sí, fui yo."

Qué alivio, ¿no crees?

Imagina que puedes estar triste sin sentirte roto, que puedes enojarte sin sentirte un desgraciado.

Que puedes decir una que otra mentada de madre sin creer que Dios te va mandar al infierno.

Imagina que dejas de perseguir la mejor versión de ti y empiezas a llevarte bien con la versión que ya existe.

Con esa que a veces es paciente y otras veces necesita un café antes de hablar con cualquier ser humano.

Imagina que aceptas algo que cuesta muchísimo trabajo aceptar:

Que no eres el protagonista de la vida de los demás, pero tampoco eres un simple espectador, lo que haces importa, lo que dices deja huella.

Las personas sí recuerdan cómo las hiciste sentir, tus errores también tienen consecuencias y tus aciertos también.

Imagina que dejas de buscar respuestas en libros basura de auto ayuda, porque la vida nunca se ha resuelto con ninguno de esos consejos pedorros.

La vida es desordenada, contradictoria, injusta, bella, magnifica, hermosa, aburrida, extraordinaria y triste algunos domingos y la mayor parte del tiempo simplemente es... vida.

La sabiduría humana común y corriente no promete iluminación, no promete vibrar alto como dicen los gurús modernos de internet, no promete atraer abundancia, no promete despertar tu conciencia, si no que promete algo mucho más humilde y es que aprendas a reírte de ti mismo, a aceptarte con tus defectos y virtudes, porque algo si es cierto no podemos esperar que otros nos amen, nos acepten, si nosotros no lo hacemos primero por nosotros mismos.

Porque el día que descubres que eres igual de brillante y contradictorio que todos los demás, dejas de gastar tanta energía tratando de parecer perfecto y empiezas a disfrutar el privilegio de ser humano.

No sé si exista el cielo en la Tierra como algunos dicen, la verdad nunca he ido, aunque si espero ir al cielo al morir, pero lo que sí conozco es un lugar mucho más alcanzable, es ese momento en el que dejas de querer impresionar a todo el mundo, cuando aceptas que unas veces tendrás razón y otras no, que unas personas te van a querer y otras no te van a soportar y la mayoría de personas está demasiado

ocupada con sus propios problemas como para pensar tanto en ti.

Ese lugar que te digo no está en un cerro mágico, ni en un retiro espiritual, ni en una frase motivacional enmarcada sobre la pared.

Empieza el día que dejas de tomarte tan en serio, porque quizá el secreto de vivir mejor nunca fue convertirse en un sabio, tal vez bastaba con aprender a ser una persona común y corriente...

Una de esas que todavía la caga, dice babosadas, cambia de opinión una y otra vez, se ríe de sí misma y, de vez en cuando, tiene la decencia de aceptar:

"Pues sí...la verdad es que no soy una monedita de oro y no sé tanto como creía saber."

Y curiosamente, ese día, sin darte cuenta, empiezas a vivir un poquito mejor.

Oración para dejar de hacernos pendejos

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, de Santo Bernardino del guayabo, San Martin de los Venados, Santa Teresa del convento de las Carmelitas descalzas... y de la santísima Virgencita de Guadalupe, que seguro ya está hasta la madre de escucharnos pedir milagros para arreglar las babosadas que nosotros mismos provocamos.

Amén.

Señor:

Hoy no vengo a pedirte que me hagas rico, ni exitoso, ni influencer, ni creador de un podcast donde hable de abundancia mientras debo tres tarjetas de crédito.

Hoy vengo a pedirte algo mucho más difícil.

Hazme el favor de ayudarme a dejar de hacerme pendejo.

Dame tantita humildad para aceptar cuando la estoy cagando.

Tantita paciencia para escuchar antes de abrir el hocico.

Y tantita inteligencia para entender que mi opinión no siempre es la verdad absoluta.

Líbrame de creer que todos están mal menos yo.

De compartir frases motivacionales que ni yo aplico.

De hablar de paz en la tierra a los hombres de buena voluntad mientras me chingo a los demás.

De presumir una vida perfecta cuando apenas puedo conmigo.

No permitas, Señor, que confunda terquedad con carácter, ni orgullo con dignidad, ni controlar con amar, ni sufrir con merecer.

Cuando alguien me contradiga, no dejes que mi primer impulso sea defender mi ego como si estuviera defendiendo la Basílica de San Pedro.

Recuérdame que tener la razón sirve de muy poco si termino perdiendo a las personas que digo amar.

Cuando me descubra inventando historias en mi cabeza, recuérdame que una película imaginaria sigue siendo una película y cuando mi intuición me

quiera advertir algo, ayúdame a observar antes de sentenciar.

Dame fuerza para decir "no sé" cuando realmente no sé, pero también valor para dejar de decir "no sé" cuando la verdad es que me estoy haciendo pendejo.

Líbrame de creer que por levantarme a las cinco de la mañana ya soy mejor persona.

Y si algún día vuelvo a caer en la tentación de comprar un curso para desbloquear mi máximo potencial, mándame una señal... o de perdida un recibo de la tarjeta de crédito para que se me quiten las ganas.

Ayúdame a dejar de comparar mi vida con la de gente que sólo conozco por redes sociales, a dejar de querer impresionar personas que ni siquiera me invitarían al bautizo de su hijo y a entender que una vida tranquila no necesita tanta explicación.

Perdóname por todas las veces que culpé al universo, al karma, a tu santísima madre la Virgen María y al gobierno de decisiones que fueron completamente mías.

Gracias por los chingadazos que me hicieron crecer y también por aquellos de los que todavía no

aprendo, porque al parecer necesito que me los repitan.

Bendice a mi familia, a mis amigos, a quienes me quieren y también a quienes no me soportan, seguramente ellos tienen una versión de mí que también merece ser escuchada.

Y si algún día vuelvo a creer que ya entendí cómo funciona la vida...Hazme el favor de bajarme del ladrillo antes de que me crea intocable.

Porque ya entendí que el problema nunca fue la falta de respuestas, fue la facilidad con la que convertí mis respuestas en mandamientos y si de algo sirvió este libro, que no sea para cambiar unos acuerdos por otros, que sirva para que piense por mí mismo y para que, de vez en cuando, tenga el valor de hacerme la pregunta más incómoda de todas:

¿De qué me estoy haciendo tarugo?

En el nombre de Jesucristo

Amén.

Estimados lectores, la lectura ha terminado:

Vayan en paz. Y, por el amor de Dios... dejen de hacerse pendejos…

Sobre el autor



Kevin Calleros (Nayarit, 1998) es licenciado en administración y cuenta con una certificación en coaching integral. Con experiencia laboral tanto en el sector público cómo en el privado. Además, fue director general y entrenador transformacional en Belife Coaching Tepic.

Como ser humano versátil y emprendedor habilidoso, siempre busca la manera de superarse. Es autor de *"Un Regalo de Locura"* y *"El Infierno Tiene Fe"*.

"Un ensayo humorístico sobre el desarrollo personal y la obsesión por encontrar verdades absolutas"

Durante veinte años nos enseñaron que el desarrollo personal consiste en pensar bonito, hablar bonito y sanar todo.

Este libro propone exactamente lo contrario:

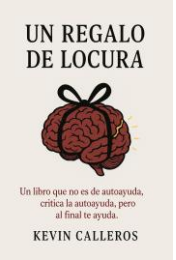
La sabiduría humana común y corriente.

Esa que nace del error, del sentido del humor, de aceptar que somos contradictorios y que la vida casi nunca cabe en una frase motivacional…

Otros libros del autor

Si disfrutaste este libro, te invito a descubrir: **Un regalo de locura** y **El infierno tiene fe**.

Ambos libros están disponibles en las siguientes plataformas:



Un regalo de locura

- Sitio oficial: https://un-regalo-de-locura.webnode.mx/



El infierno tiene fe

- Sitio oficial: https://www.bubok.es/libros/286698/el-infierno-tiene-fe